

Un trimestre 1
 Un semestre 1
 Un año . . .
 Anuncios y ni-
 cados, económicos.

LA SIERRA DE FRANCIA

En la Imprenta de este periódico donde se dirigirán los pagos y reclamaciones.

SEMANARIO

DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

AÑO II.

Tamames 2 de Abril de 1890

NUMERO 45

LA SEMANA SANTA.

Es la que por otro nombre llama la Iglesia *Semana mayor* y que fué antiguamente llamada también *Semana de los grandes misterios*. Todo efectivamente es grande y misterioso en ella. Lo son los hechos que recuerda, lo son las ceremonias con que los conmemora, lo son los sentimientos que inspira. No se puede dignamente hablar de la *Semana Santa* sin escribir sobre ella un libro entero. Nos contentaremos, pues, con indicar aquí de ella lo mas saliente y fundamental.

Abrese la Semana Santa con el Domingo de Ramos, hermosa conmemoracion de la triunfal entrada de Cristo en Jerusalem pocos dias antes de su muerte afrentosísima. Nada le faltó á aquella sencilla demostracion para que fuese un verdadero triunfo. Sale el Salvador de Betania de casa de Lazaro y llega á Jerusalem, que está cerca, donde se le recibe por el pueblo con grande entusiasmo; capas tendidas alfombrando la carrera, laureles y olivos en torno del triunfador, cánticos y vítores en bocas tiernas é inocentes, alborozo y alegría mezclados con lágrimas de afliccion, pues el Salvador, objeto de tantos obsequios, viose precisado á derramarlas sobre la ciudad veleidosa que se los tributaba previendo su inconstancia y los muy diferentes gritos con que dentro de poco debia pedir su muerte. En este dia se celebra la primera junta de fariseos, y el Salvador vuelve á Betania.

LUNES: Por la mañana vuelve á Jerusalem; maldice á la higuera infructuosa; arroja á los profanadores del Templo. Sale otra vez para Betania que era su residencia favorita.

MARTES. Vuelve á la Ciudad. Pasando por el mismo camino ven los discípulos seca ya la higuera maldice el dia anterior (símbolo terrible de la reprobacion de la sinagoga) habla el Salvador en el templo á los escribas y fariseos por última vez y les echa en cara aquellas sentidas palabras, *Jerusalem, Jerusalem, que matas á los Profetas etc.* Vuelve á Betania.

MIÉRCOLES. Se queda en Betania al parecer todo el dia. Se juntan otra vez los Principes de los Sacerdotes y

acuerdan prender á Jesús, si es posible sin alboroto. Ofrece Judas su traicion.

JUEVES. Por la mañana envía Jesús dos de sus discípulos á preparar el Cordero Pascual. Al amanecer lo come con ellos, segun el ceremonial de la antigua ley. Hace luego la cena comun, en la cual instituye el sacrificio de la ley nueva, ó sea la Santa Eucaristía, despues de haber lavado los piés á los Apóstoles. Postrer sermón. Sale Judas del cenáculo. Da gracias Jesús y sale para el Huerto de las Olivas, segun costumbre. Adelantada ya la noche se presenta allí Judas capitaneando á los esbirros de los judios. Es conducido Jesús á Anás y á Caifás. Poco antes del primer canto del gallo, á la media noche, niega Pedro á Jesús. Vuelve á negarlo poco despues, y otra vez al segundo canto del gallo, á la madrugada.

VIERNES. A primera hora es llevado Jesús á Pilatos, luego á Herodes y otra vez á Pilatos. Azotes, coronacion, *Ecce homo*. Entre diez y once se lava las manos el mal Juez y dá la sentecia de Cruz. A las once sale el Salvador camino del Calvario, llegando cerca de medio dia á la cumbre de esta pequeña montaña. Crucifixion. Empiezan las tres horas de agonía. Siete palabras. Eclipse. Espira á las tres. Terremoto. Al anocheecer lanzada, descendimiento de la Cruz y entierro del Santo Cuerpo.

SÁBADO. Permanece sepultado el Salvador. Dispersos los Apóstoles. Recogida María Santísima con las piadosas mujeres y San Juan. A la tarde salen estas á comprar aromas para ungir al Señor la madrugada del Domingo.

DOMINGO. Resucita á la madrugada el Señor, conforme á lo prometido: *Resucitaré al tercer dia*, lo cual no significa que fuesen completos los tres dias.

*
* *

Desde el dia de Ramos y durante los que median hasta viernes santo inclusive, ocupan muy devotamente la atención del pueblo fiel y son gran parte para infundirles sentimientos de religiosa compuncion, las frecuentes procesiones. Que aborrezca la impiedad esas espléndidas manifestaciones

del culto católico se comprende perfectamente. Lo que á primera vista no tiene fácil explicacion es que las miren con no sé que clase de prevenicion, ó por lo menos con desdeñosa indiferencia algunos de nuestros hermanos en la fé.

No hay que dudarlo, el pueblo de hoy tiene especial necesidad de estos actos religiosos públicos. La procesion no es solamente manifestacion espléndida de la gloria de la religion, es ademas un llamamiento amoroso que dirige ella á los empeñados en tenerla olvidada, y una enseñanza práctica para quien la tiene desconocida. Las procesiones, particularmente las de estos dias de pasion tienen casi siempre este carácter. Para el pueblo (y en esto todos somos pueblo) la vista de los pasos ó misterios de nuestra fé representados de un modo accesible á los sentidos es mas provechosa, bajo el punto de vista de la mocion interior, y aun de la piedad de nuestro pueblo. Cuando le faltan los poderosos recursos del arte, su fé sencilla, pero ardiente, los suple con ingeniosos ardidés: amontona en vistosa decoracion luces y flores; en medio del ramaje que rodea el sepulcro del Señor, permiten que las aves interrumpen con sus gorjeos el silencio del templo y nos trasladan con la imaginacion á aquel huerto en donde estuvo supultado el buen Jesús. Cintas, alhajas, adornos de tocador, todo cuanto puede parecer bello y precioso á la devota madre ó á la piadosa doncella son ofrecidos con amor para ornato del Monumento y brillan en él como elocuente testimonio de la fé popular.

Los sublimes quejidos de Jeremias resuenan por la tarde en el templo modelados en un canto llano, tierno y melancólico que nos ha trasmitido la tradicion.

¿Que hombre de mediano corazon no ha llorado en ellos?

Jamas con tan dolorosos acentos fueron lloradas las ruinas de una ciudad y la desolacion de un pueblo.

*
* *

El sentimiento dominante del Jueves fué el de una majestuosa solemnidad; el del Viernes es el de profundísimo abatimiento. Medita de

paso, lector amable, como las costumbres han ido acomodandose en todo á esta bellisima gradacion de sentimientos guiados por el espíritu de la Iglesia. Suspéndense los negocios y diversiones, andan á pié los Principes y magnates, el silencio y compostura reinan en calles y plazas, la misma naturaleza parece tomar parte en aquel duelo general. Un solo sentimiento preocupa todos los corazones y refleja en todos su severidad y tristeza. ¿Quien no ha visto á nuestro pueblo en la madrugada de este dia recorriendo silenciosamente las estaciones hasta la hora de los oficios divinos?

En los divinos oficios, las ceremonias hoy mas que nunca simbólicas y misteriosas, ofrecen un conjunto conmovedor, hiriendo con fuerza al ánimo mas indiferente. La Iglesia viste de negro, el sacerdote llegando al altar, tiéndese tocando con su frente el pavimento, como en los dias de luto hundian las suyas en el polvo los ancianos de Judá: el canto es árido y seco. Despues del canto de la Pasion, la Iglesia como si estuviese en la sima ensangrentada del Calvario ante el cuerpo del Redentor, todavia palpitante en la cruz, emplea largo rato en tiernas oraciones por todo el mundo, por principes y pueblos, por sacerdotes y seglares, por los hereges, cismáticos y judios, por los gentiles y los escomulgados, extendiendo á favor de todos su maternal solicitud, del mismo modo que murió Cristo por todos. Lee, cristiano, lee esas oraciones que tienes traducidas en tus manuales. Un protestante de gran talento y gran corazon se convirtió al oirlas en Roma, esclamando como Salomon en el célebre litigio de las dos madres: ¡Esta es la verdadera madre segun el amor que por todos manifiesta! Sigue la adoracion de la cruz que nuestros monarcas acompañan con el acto de indultar á varios reos de pena capital; ¡Hermosa inspiracion del catolicismo! Procedese inmediatamente á sacar de la sagrada tumba el cuerpo sacrosanto que recibe el sacerdote de un modo parecido al de las misas ordinarias, y concluye de repente todo, en medio del mayor silencio.

Los templos quedan desiertos, sin adornos, ni luces, ni flores; sin nada que indique la pasada solemnidad. El

pueblo vuelve tranquilo á sus ocupaciones y al nocheecer se nos hace difícil concebir que la mañana de aquél día haya sido una de las festividades del cristianismo.

No obstante la Iglesia conserva hasta la Misa del día inmediato su misma severidad y onda tristeza. Las horas que median entre la terminación del oficio del Viernes y el *Gloria in excelsis* de la Misa del sábado, son para la Iglesia, esposa de Cristo, lo que para una viuda desconsolada aquellas primeras horas de soledad y abatimiento que pasa en el silencio de su habitación, inmediatamente despues del entierro de un esposo amado, cuando resuenan aun en sus oídos los últimos ecos de la pompa fúnebre con que ha visto conducirse á la última morada.

F. S. S.

MARIA.

I

Rosa á la orilla del Jordan nacida, inmaculada virgen de Judea, estrella de los cielos desprendida, aura del manso mar de Galilea, lirio del valle de perenne vida, luz que los ojos de Jehová recrea, de la prole de Adán gala y encanto, madre del Hombre-Dios, tu vida canto

II

El arpa dame del querub ardiente, que Reina del empíreo te proclama; dame que brille en mi abatida frente de tu alma inspiración la intensa llama desvanece las nieblas de mi mente y en casto amor mi corazón inflama. ¡Que invencible poder tendrá mi lira si la Madre de Dios mi canto inspira!

III

Inspirado por ti, régio caudillo en Covadonga alzó la cruz gloriosa el de Urbino copió del cielo el brillo pulsó Leon la cítara armoniosa; inspirado por ti, trazó Murillo su bella y lastimera *Dolorosa*, y al trasladar al lienzo tus enojos soñó tu faz y adivinó tus ojos.

IV

Yo el eco quiero ser de tu voz pura el alma que comparta tus pesares, plectro de oro que alave tu dulzura en plácidos y férvidos cantares, pedestal de tu angelica hermosura, incienso que se abraza en tus altares césped que pise tu nevado planta, pecho que encienda tu mirada santa.

V

Ni el oro acrisolado, ni el ligero copo de nieve, ni el arrullo blando del céfiro del alba lisonjero, ni el rocío azucenas coronando

ni de la infancia el sueño placentero ni de tiernas palomas nívico bando, ni el diáfano cristal, ni el claro día igualan la pureza de María. —

VI

¿Que misterioso ser los aires hiende larga huella dejando luminosa? raudo hacia Nazaret el vuelo tiende y de María en la mansión reposa; fino sutil desde sus hombros pende que le envuelve cual nube vaporosa y con doradas flores en guirnalda sus cabellos que flotan por la espalda.

VII

«No soy, exclama, el ángel iracundo que abrasa pueblos y predice males; vengo á anunciar que el Redentor del mundo se alberga en tus entrañas virginales. De la gracia de Dios raudal fecundo descendiendo de las cumbres celestiales María, gloria á ti. Del cielo amigo soy el eco no mas. Dios es contigo.»

VIII

Dice, y traslada de su pura frente á la no menos pura de María la guirnalda que en cerco refulgente sus ondulantes hebras recogia, y esparciendo en redor profusamente esplendores, aromas y armonia, en apacible y sosegado vuelo el bello arcángel se devuelve al cielo

IX

El rostro ebúrneo de rubor cubierto escucha al ángel á la mujer bendita, y empieza ya á sentir germen despierto de agena vida que su seno agita. Para una flor contempla el sol abierto claro sol que fecunda y no marchita, y que ella es esa flor, la flor preciada De nuestro eden perdido trasplantada

X

Suspenden las divinas maravillas á la modesta virgen pudorosa, y en el suelo cayendo de rodillas entornando sus párpados de rosa, con encendido fuego en las mejillas las manos cruza y dice temblorosa: «cúmplase ¡oh Dios! lo que benigno ofreces; tu humilde sierva soy; tú me enalteces.»

XI

Y pasan días, y del polo he'ado baja entre densas nieblas el invierno y en un pueblo escondido y apartado Viene á la luz el Hijo del Eterno en misero portai, desamparado, sin mas apoyo que el amor materno; que tan so'lo al cariño de María Dios el cuidado de Jesús confia.

XII

Es el amor materno, amor del cielo amor sin recompensa ni mudanza, ¡cuántas horas de hiel y de desvelo en premio de su afán la madre alcanza!

Los que en desesperado desconsuelo de nuestra alma negais la semejanza con el Dios de bondad, de todos Padre, recordad el amor de vuestra Madre.

XIII

Nueva estrella su luz al orbe envia y abrillanta el azul del firmamento para anunciar del Hijo de María el ya profetizado nacimiento; sirve á tres sabios de certera guía que acuden á prestarle acatamiento desde remotos climas del Oriente, y adoran á Jesús humildemente.

XIV

Temiendo Herodes la funesta suerte que le reservan implacables hados, si creciendo Jesús, con mano fuerte rompe su cetro y reina en sus Estados, manda que den inmerecida muerte sus dóciles y bárbaros soldados á cuantos niños en materno pecho encuentran dulce miel y suave lecho.

XV

Al ver á los sicarios inhumanos, la noble frente Palestina enluta; María huyendo de sus viles manos de Egipto emprende la penosa ruta; cruza desiertos, rios, montes, llanos, y ora se oculta en tenebrosa gruta, ora se pierde en desusada senda, llevando en brazos de su amor la prenda.

XVI

Asustan su embargada fantasia los cantos de los hijos del desierto, el silencio mortal de noche umbria, del árbol deshojado el tronco yerto, la deslumbrante claridad del día, el mar que hierve en lejano puerto, y de su continuo afán apenas osa convertir hácia atrás la vista ansiosa.

XVII

Huella por fin su fugitiva planta las llanuras que inunda el fértil Nilo, y besa la abrasada arena santa del pueblo amigo que la presta asilo con inmenso placer mira y la encanta el rostro de Jesús bello y tranquilo y su oprimido pecho acongojado respira ya sin torcedor cuidado.

XVIII

Crece el fruto que dieron tus entrañas cual árbol junto al margen caudaloso; abandona ciudades y cabañas para correr tras él el pueblo ansioso siguiéndole á desiertos y montañas. en secular letargo vergonzoso la humanidad yacia torpe y yerta, y de Cristo á la voz, jóven despierta

XIX

No se muestra con rayos encendidos,

ni ciñendo á sí la sien laurel sangriento; no quiere alucinar á los sentidos, sino en el corazón tomar asiento; á toda desventura presta oídos; embalsama el pesar; su dulce acento sus portentos ni asustan ni extorpecen; sus milagros consuelan y enternecen.

VX

Cristo, ni airado en Sinaí fulmina ni en diluvio voraz anega el suelo, ni difunde el terror en Palestina; de la sublime caridad modelo, con su ejemplo corona su doctrina, muere sobre la cruz, aplaca al cielo y tremola del Golgota en la peña de la virtud la salvadora enseña.

XXI

Y ora tras mí venid. En el ocaso del sol se va apagando lentamente, y de la luna el resplandor escaso entristece los campos del Oriente, hacia el calvario enderezad el paso, silencio sepulcral hiela el ambiente; allí al pie de la cruz llora María en pavorosa soledad sombría.

XXII

Livida, demudada y macilenta con ambos brazos á la cruz se anuda viendo muerto á Jesús y que ella alienta.

De la verdad de su desgracia duda ya en lastimera voz su mal lamenta, ya el supremo dolor la deja muda. ¡Cuál padece la madre desolada, sin clavos y sin cruz crucificada!

XXIII

La negra sombra de la noche oscura ni tibio rayo de esperanza aclara. El caliz de la hiel tu labio apura, se pierde tu clamor, nadie te ampara.....

¿No hay un querub en la celeste altura que le mueva el pesar quiete acibara? Como no se desgarran el firmamento al repetir el eco de tu acento?

XXIV

¡Lloras! ¡Madre infeliz! ¿No era bastante á redimir la culpa cometida, en suplicio horroroso y humillante inmolar de Jesús la excelsa vida? ¿Para qué abrir con dardo penetrante de tus dolores la profunda herida? ya derrocado de su sòlio el vicio. ¿de que sirve tu esteril sacrificio?

TAMAMES 1890.

Imprenta de Joaquin Gallego.